

solamente inútil. Echó en cara á Motezuma, como una brutalidad contraria á la naturaleza, el sacrificar hombres y alimentarse de sus carnes; y el bárbaro desterró desde entonces de su mesa estos manjares horribles, sin atreverse, sin embargo, todavía á prohibirlos á sus súbditos; y permitió á los españoles el ejercicio público de su Religión. Algunos ingenieros y un gran número de oficiales tuvieron orden de convertir inmediatamente en iglesia, como lo pedia Cortés, una de las piezas principales del palacio en que estaba alojado. Al cabo de algun tiempo prohibió el emperador generalmente sacrificar hombres y comer carne humana; pero cuando lo hizo, ya estaba, aunque en medio de su capital, bajo el poder del pequeño número de españoles que admitió al principio: revolucion tan unánimemente afirmada, y tan distante del curso ordinario de los sucesos, que seria tan poco razonable el combatir su verdad como el buscar en ella la verosimilitud.

Después de una acogida tan lisonjera, como empezasen por el contrario á manifestar desconfianza y perplegidad del emperador y los grandes de Méjico, llegaron á Cortés dos fieles tlascaltecas, disfrazados de mejicanos, para llevarle una carta que le dieron secretamente. Venia de Veracruz, y le noticiaba que á Juan de Escalante, á quien habia dejado allí por comandante, le habia acometido un general de Motezuma por orden de este emperador. y que, después de una insignie victoria, habia muerto de resultas de las muchas heridas recibidas en el combate. Otros siete españoles perecieron del mismo modo, y á uno de ellos que quedó en poder de los enemigos, le habian cortado la cabeza y la enviaron á la corte. Confirmaron este suceso las relaciones de algunos indios del número de los auxiliares de Cortés; amigos celosos que, derramados de intento entre los mejicanos, cuya lengua entendian,

habian oido decir que algunos dias antes se habia presentado á Motezuma la cabeza de un español, y que después de haberla considerado con una complacencia mezclada de espanto, habia dado orden de ocultarla cuidadosamente. Oyeron además lisonjearse á los mejicanos, que no habia cosa mas fácil que cortarles la retirada rompiendo sus puentes, y otras proposiciones igualmente sospechosas. Todos estos indicios combinados parecieron mas que suficientes para precaverse contra la traicion por los medios mas eficaces y estremados.

Túvose consejo, y Cortés, cuya grandeza de alma nunca se manifestaba mejor que en los grandes peligros, fué de dictámen de apoderarse de la persona de Motezuma. A pesar de las dificultades asombrosas que presentaba semejante empresa, todos los suyos cedieron, así al imperio natural que tienen las almas superiores sobre los que solo han nacido para obedecer, como á la memoria de tantos sucesos pasados, en que habian visto su heroica resolución coronada con el éxito mas glorioso. No dejó él de darles aquella audacia mas que humana por una inspiración del cielo, que no los habia empeñado en la carrera para abandonarlos en la necesidad. En una palabra, el mismo peligro de la empresa fué el que impelió á la ejecucion, y la osadía incomprendible de la ejecucion la que le facilitó su buen éxito. El emperador de Méjico, á la primera propuesta que le hizo Cortés de ir en su compañía á aposentarse entre los españoles, pálido y trémulo cayó en tal estupor, que pareció que el cielo, así como á otros muchos potentados idólatras, le habia arrancado el valor y el juicio. Cortés palió lo mejor que pudo su determinación, protestándole que seria tratado por los españoles con mayor respeto todavía que por sus propios vasallos. El débil emperador se contentó con lamentarse del oprobio que

semejante paso imprimiria en la dignidad imperial. Como sus quejas, á las cuales Cortés, naturalmente elocuente, se esforzaba en satisfacer, se prolongasen demasiado tiempo, segun parecia á los otros oficiales españoles que entraron con su jefe, y estaban bien armados segun su costumbre, uno de ellos dijo con impaciencia: «¿á que vienen tantos discursos? Prendámosle ó démosle muerte.» Motezuma, que le oyó hablar, preguntó al intérprete qué decia aquel hombre irritado. «Señor, respondió el intérprete, todo lo arriesgais, si no cedéis inmediatamente á las instancias de estos extranjeros. Vos conocéis su audacia y la fuerza superior que los sostiene. Si vais con ellos, sereis tratado con todo el respeto que os es debido; pero si resistís mas tiempo, no os disimulo que vuestra vida está en peligro.» El sobresalto que le causaron estas pocas palabras fué decisivo. Al momento se levantó de su silla, y dijo á los españoles: «me entrego á vosotros con confianza; vamos á vuestro alojamiento; así lo quieren los dioses, pues que me determino á ello.»

Mandó preparar inmediatamente sus literas, dió parte á sus ministros, y les encargó publicasen que iba de su plena voluntad y por razones de Estado que habia conferenciado con sus dioses, á pasar algunos dias en el cuartel de los españoles; y al punto partió con ellos, esto es, con seis oficiales, incluso Cortés, y treinta soldados de un valor experimentado. Hubo en el tránsito un concurso prodigioso de pueblo, atraído por un acontecimiento de que dudaban aun viéndole con sus propios ojos; pero no se experimentó el menor desorden. El emperador les decia desde su litera, que para satisfacer su inclinación iba á pasar algunos dias con los ilustres extranjeros, sus amigos; y habia dado orden á sus ministros de castigar con pena de muerte á los que

ocasionasen el mas leve desorden. Por otra parte, Cortés habia apostado en la carrera escuadras bien armadas en todas las bocacalles, centinelas avanzadas en las calles vecinas á su palacio, y guardias dobles en lo interior de este. Por medio de esta vigilancia continua, y de los infinitos miramientos que tuvieron constantemente con el monarca, que le hicieron casi amar su prision disimulada, se conservó la tranquilidad pública hasta que Cortés fué obligado á salir de Méjico para ir á combatir las tropas que contra él envió el gobernador de Cuba. El comandante que dejó en su lugar no le llenó perfectamente. ¿Y quién era capaz de reemplazar á este hombre singular? Los mejicanos se amotinaron, se agavillaron y se rebelaron abiertamente luego que este ángel tutelar de la España dejó de estar al frente de sus banderas. Y cuando, después de haber vencido las tropas enviadas de Cuba, se puso en marcha para Méjico, todo se hallaba en aquella capital en confusion y desorden. Los bárbaros, en su ausencia, habian experimentado que los españoles no eran invencibles, ó á lo menos que no eran inmortales. Las nubes de saetas y piedras habian hecho correr la sangre de las venas de aquellos que tenian por dioses y habian estinguído el rayo en sus propias manos.

Cortés hizo todos sus esfuerzos para restablecer la calma y el orden público; pero el mal no era ya capaz de remedio, ni era mas eficaz el vigor que la persuasión, no obstante haber traído un refuerzo de dos mil hombres de Tlascala, casi tan formidables á Méjico como los españoles cuya disciplina comenzaban á aprender. El exceso de temor en los mejicanos habia degenerado en desesperacion, y la desesperacion en un furor que substituia al valor. Previendo Motezuma su última catástrofe de los españoles irritados contra sus vasallos, y de sus vasallos encarnizados contra los españoles con

los cuales podían confundirle, se presentó sobre un terrado á los rebeldes é hizo la última prueba de su autoridad para reducirlos á su deber. Un resto de aquella veneración que había llegado al extremo de idolatría, suspendió por algunos momentos el furor; pero arrebatados luego de mayor cólera, ya porque hubiesen elegido un nuevo emperador ó porque estuviesen determinados á elegirle, le gritaron injuriosamente que el cobarde prisionero de los españoles no era ya su rey y que debía quitársele inmediatamente el cetro y la corona. Al mismo tiempo, una piedra arrojada por una mano diestra en medio de un diluvio de flechas, le hizo en la cabeza una herida tan profunda que murió de ella á breve rato. Después de este delito no quedaba ya á los españoles otra esperanza que la retirada; pero la retirada debía colocarse por sí misma en el número de las fortunas inesperadas.

Los españoles estaban alojados en el centro de una ciudad inmensa y rodeados de una multitud innumerable, en la que el exceso del miedo se había convertido en una ciega y brutal intrepidez. Si tenían la fortuna de ganar una puerta de la ciudad, solo conseguían hallarse en un paso el más peligroso; es decir, en una de aquellas estrechas y largas calzadas, que eran sus únicas salidas, batidas de una y otra parte por las aguas del lago, cuya ventaja conocían los mejicanos y en donde se habían reservado desplegar su valor. Como eran tres las calzadas que allí había, sin contar algunas otras menos transitables, pero que podían absolutamente servir en caso de necesidad, no quisieron ponerse sobre las armas hasta que el enemigo hubiese hecho su elección, á fin de cargarle todos juntos en su posición menos favorable, sin perder momento para reunirse. Así, pues, la oscuridad de una noche lluviosa que los españoles habían escogido para huir de la ciudad, les fué me-

nos útil al intento que el plan de ataque concertado por sus enemigos. Cortés había distribuido sus tropas de la manera siguiente: la vanguardia se componía de doscientos españoles, de los mejores soldados de Tlascalala y de cuarenta caballos. La retaguardia era un poco menor. El resto del ejército formaba el cuerpo de batalla en que iban los prisioneros, el bagaje, la artillería y un cuerpo de reserva de cien hombres valerosos para la guardia del general y para los lances á que este los llamase (1). Atravesaron la ciudad en este orden sin recibir insulto alguno y sin observar el menor tumulto. Avanzaron con el mismo orden sobre la calzada hasta su primera cortadura, cuyo puente levadizo hallaron destruido sin que esto los sorprendiese. Ya lo habían previsto, y la vanguardia llevaba de prevención un puente portátil que echaron en pocos minutos, y del cual pensaban usar en las dos cortaduras que aun les quedaban, pero el peso de los caballos y de los cañones hundieron de tal modo el puente entre las piedras de los dos macizos en que estrivaba, que no fué posible sacarle, ni tuvieron siquiera tiempo de intentar este trabajo.

Tal era el sitio donde los bárbaros aguardaban su presa. En el momento de mayor embarazo para los españoles, una infinidad de barcas y de canoas armadas, aproximadas por una y otra parte á favor de la noche y del silencio, acometieron tan rápidamente, que se hallaron oprimidos de un diluvio de flechas en el mismo instante en que oyeron su tumulto y horrible clamoreo. Seguramente habría perecido todo el ejército español, si los indios hubiesen observado en la refriega el orden en que se habían convenido para el ataque; pero la disciplina era para ellos un estado violento, y no tardó su valor desenfrenado en produ-

(1) Sol. l. 4, c. 18.

cir entre ellos el mayor desorden. Cayeron sobre el enemigo con tanto tumulto y confusión, que las primeras canoas se estrellaron contra la calzada, y las que las seguían, en vez de defenderlas, aceleraron su ruina. El cañón y los mosquetes hicieron un estrago espantoso en aquella multitud desordenada y medio desnuda; pero los españoles, ó por mejor decir, las fuerzas humanas, no eran suficientes para acuchillar á cuantos abordaban. Los indios más distantes, no pudiendo abrirse camino por entre los que les precedían, ni sufrir la lentitud de los remos, se echaron á nado: luego, á beneficio de su natural agilidad y de sus armas fijadas en tierra, treparon por la calzada, mas en tan gran número, que lo que parecía deber asegurar el éxito de su empresa consumió su derrota. Habiendo aflorado en extremo el combate sobre las orillas del lago atestadas de montones de cadáveres, solo se trató de hacer frente más adelante sobre un terraplen descubierta y no muy ancho. De este modo la superioridad del número vino á ser inútil á los indios, y la estrechez del campo de batalla, antes tan perjudicial á los españoles, se convirtió en ventaja suya. Algunos cañones colocados en línea recta en el ancho de la calzada, la cubrieron en breves instantes de tantos cadáveres, que, según varios autores, no necesitaron de otra cosa para poner la segunda cortadura ó foso á nivel con el camino. Como el último foso estaba inmediato á la tierra y tenía poca profundidad, pudieron las tropas vadearle, y ganaron tranquilamente la llanura, en la que tuvieron la felicidad de no hallar mejicanos que lo impidiesen: tal era la turbación que su última derrota les había causado. En aquel puesto, no obstante, habrían podido los bárbaros prometerse la mayor ventaja sobre unos enemigos, la mayor parte heridos, estenuados de fatiga, y con agua hasta más arriba de la cin-

tura. El ejército cristiano miró esta inadvertencia ó esta ceguera de los infieles como un rasgo muy singular de la Providencia del Señor sobre su pueblo. De esta suerte llegó felizmente á la orilla la vanguardia y el cuerpo de batalla, después de lo cual el héroe generoso que no los había abandonado en lo fuerte del peligro, retrocedió hasta la retaguardia, cuya suerte fué mucho menos afortunada, pero casi únicamente por culpa suya: es decir, por haberse dejado llevar de la codicia y del amor al botín. Una buena parte de aquella división, sobrecargada de oro y plata, no pudo llegar á la primera cortadura de la calzada, hasta que los mejicanos hubieron destruido el puente, y quedó abandonada á su desgracia. Cortés recogió sus restos, y reunió el grueso del ejército al rayar el día.

Aunque fuera de Méjico y vencedor de los mejicanos, no estaba ni con mucho exento de peligro. Aquella gran nación sublevada por todas partes, la capital recobrada de su asombro, los países comarcanos, las provincias remotas, todos se confederaron para perseguir á los extranjeros y esterminarlos enteramente antes que saliesen de los límites del imperio. Cortés tuvo, sin embargo, la dicha de arribar á Tlascalala, aunque apurando todo el arte de las marchas, y después de haberse visto precisado á medirse en batalla campal con doscientos mil bárbaros, cuyo valor y encarnizamiento igualaron su número. Toda la intrepidez europea no era suficiente á romperlos, ó á lo menos á impedirles volver sin cesar al ataque, cuando reconociendo aquel hombre grande que este tesón no podía dejar tarde ó temprano de aniquilar su pequeño ejército, tomó inmediatamente una de aquellas resoluciones que solo nacen en el espíritu de los héroes. A vista del estandarte imperial de los mejicanos, en cuya conservación fundaban la salvación del imperio, llamó á sus

mejores oficiales, é hizo señal á los mas valerosos de su guardia, y dando todos juntos riendas á sus caballos, mas formidables á los bárbaros que el mismo cañon, rompieron los batallones, y sin darles tiempo de reunirse fueron en derechura al estandarte, que estaba enarbolado sobre la litera del general en gefe. El general español acometió con la lanza en ristre al mejicano, le derribó bañado en su sangre, y se apoderó del estandarte. Este golpe fué el decisivo. Los mejicanos rindieron todas sus banderas, y arrojaron sus armas para facilitar la fuga. La derrota fué tan considerable y rápida, que en breves momentos solo quedaron vivos en el campo de batalla los españoles y sus aliados (1).

Desde entonces se encaminaron sin dificultad al pais de Tlascala, donde concertaron despacio los medios de subyugar á Méjico. Pusieron en accion todas las fuerzas de aquella república, juntaron á ella sus antiguos aliados y los que adquirieron de nuevo, se procuró estar de inteligencia con algunas de las mismas provincias de Méjico, que se armaron unas contra otras; y en muy poco tiempo se vió Cortés al frente de unos ejércitos comparables en número á los del enemigo. Sin embargo, fué necesario todavia dar muchos combates, y hacer prodigios de valor contra el nuevo emperador que eligieron los mejicanos, y que se manifestó infinitamente mas digno de mandarlos que Motezuma. No nos estenderemos mas en la relacion individual de estas operaciones, puramente militares y ajenas de nuestro objeto bajo este punto de vista, y aun habriamos reducido mas la narracion sobre esta materia, no obstante su brillantez, á no haber sido indispensable alguna individualidad para dar á conocer la conducta de la Providen-

(1) Sol. l. 4, c. 20.

cia con aquel conquistador, el mas extraordinario del Nuevo Mundo; pero este gran cuadro ocupará el lugar de otros muchos que hubiera sido preciso bosquejar para conseguir el mismo fin.

En menos de dos años formó Cortés su plan y consumó su empresa. El 8 de noviembre de 1519 hizo su primera entrada en Méjico como embajador, ó por mejor decir, como aventurero, y entró en esta capital como conquistador y victorioso el 13 de agosto de 1521. Inmediatamente participó á Carlos V que acababa de conquistarle una Nueva-España, mas estensa y mucho mas rica que la antigua. Los primeros tributos de oro de aquellas tierras, que enviaba al mismo tiempo, hicieron creible lo que, sin esta circunstancia, se habria colocado en el número de las fábulas ó sueños. Uniendo, como lo hacia en toda ocasion, los sentimientos de la Religion á los del heroismo, no dejó de anunciarle que el Evangelio producía frutos admirables en aquellos paises infieles, que el principe de Isucan, el rey de Tezcuco, y los dos principales senadores de la fiel y belicosa república de Tlascala, habian recibido ya el bautismo, y que sobre todo en este último pais la mies evangélica llegaba á su madurez, no faltando mas que operarios laboriosos para recogerla.

En el discurso del mismo año de 1519, fueron tambien descubiertas las tierras antárticas, en nombre de Carlos V, por Fernando Magallanes, capitán portugués, que habia dejado el servicio de su soberano natural, por haberle negado el aumento de seis escudos anuales á su sueldo (1). Picado de emulacion, no menos que de resentimiento, emprendió hácia las Indias una ruta contraria á la que tenian los portugueses. Con cinco buques navegó mucho mas

(1) Osor. l. 2; Maff. l. 8.

allá de la línea equinoccial, sobre unos mares enteramente desconocidos todavia, donde tuvo que luchar, no solo contra las tormentas, sino tambien contra montes de yelos é inviernos eternos. Llegó al estrecho que tiene su nombre, y por este paso penetró en el mar del Sur. Pereció en él en una isla que habia sometido; mas los compañeros de su fortuna prosiguieron su rumbo y arribaron á las Molucas, conocidas ya de los portugueses, lo que ocasionó entre las dos coronas de Castilla y Portugal aquel extraño litigio, que adquirió mayor cuerpo con la bula espedita para prevenirle. Carlos, favorecido de este modo de la fortuna, tomó, como rey de España, un título proporcionado al acrecentamiento de su poder. Entonces fué cuando al título de Alteza, con que los reyes de Castilla se habian contentado antes de él, hizo suceder el de Magestad, reservado hasta aquella época á los reyes de Francia y de Inglaterra.

Mientras que la dominacion de Carlos de Austria se estendia así en todas las regiones que alumbrá el sol, el espíritu de secta y de rebelion, por no haber sido reprimido en tiempo oportuno, causó el estrépito funesto que trastornó hasta los fundamentos del imperio germánico y que separó de la Iglesia tanto número de naciones. Habiendo sido inútiles las gestiones del Papa para que el emperador hiciese prender al perturbador herético de Alemania, y usando en fin de los últimos remedios para al menos impedir los progresos de la seduccion, publicó en 15 de junio de 1520 una bula, dispuesta con toda la circunspeccion posible, pues al paso que condenaba en ella hasta cuarenta y un artículos erróneos, tenia todavia la política de no nombrar la persona del heresiarca. Se le concedia el término de sesenta dias para mostrar su arrepentimiento, despues del cual, no habiendo satisfecho, debía incurrir en las cens-

suras y en las penas establecidas contra los hereges (1).

Es conveniente dar á conocer ante todo los principales artículos que juzgó el Papa deber condenar espresamente en el cúmulo enorme de los dogmas de Lutero. Véanse aquí en sustancia: «Es una heregia bastante comun sostener que los sacramentos de la nueva ley confieren la gracia santificante á los que no la oponen obstáculo. Es injuriar á San Pablo y al mismo Jesucristo el creer á un niño sin pecado despues que ha recibido el bautismo. El fomes del pecado, sin pecado alguno actual, basta para impedir á un alma la entrada en el cielo al tiempo de salir del cuerpo. La contricion que se adquiere por la consideracion de las penas del infierno y de la pérdida del cielo en que se incurre por el pecado, solo sirve para hacer al hombre hipócrita y mas grande pecador. Al recibir la absolucion, creed que sois absueltos, y lo sois en realidad, sea cual fuere vuestra contricion, aun cuando el sacerdote os hubiese absuelto con poca seriedad, y aun por pura burla. La mejor y mas eficaz penitencia consiste en hacer una vida nueva, y en no hacer mas el mal que se hacia. Cuando no se halla sacerdote que absuelva, cada fiel, y aun una muger ó un niño, pueden ejercer esta funcion. La fé sola, en los que se acercan á la Eucaristía con una entera confianza de recibir en ella la gracia, los hace puros y dignos de participar de este sacramento. Es engañarse el creer que las indulgencias son útiles á la salvacion: no son mas que unos embustes piosos que dispensan á los fieles de hacer buenas obras. Es necesario enseñar á amar las excomuniones, mas bien que á temerlas. Jesucristo no ha establecido al Papa por su Vicario en todas las Iglesias. Ni el Papa ni la Iglesia tienen potestad de establecer ar-

(1) Bull. t. 1, Leon X. Constit. 40. B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV. 91